Un saludo sincero en la fraternidad de emprender un nuevo camino donde la educación nos reúne para continuar trabajando intensa y abnegadamente por la causas que Medellín ha intencionado para hacer del maestro, de la escuela y la ciudad una experiencia formativa de ciudadanos dignos, seres humanos comprometidos y dispuestos a la construcción de una sociedad equitativa e incluyente.

Con estas palabras, me integro a un idóneo equipo de trabajo que ha puesto lo mejor de sí para sacar adelante las intenciones y proyectos que hacen de la educación la apuesta privilegiada por el bienestar, la reconciliación y la expectativa de un mejor devenir. Ante ustedes y con ustedes me manifiesto y me dispongo a entregar mis más leales esfuerzos para cumplir satisfactoriamente con los anhelos que nos convocan.

Apreciados jefes de núcleo, directivos, docentes, estudiantes y comunidad educativa en general, es para mí un homérico compromiso hacer parte de los procesos que nos identifican en el posicionamiento ético y político de la educación, el cual, ubica la meta formativa en una perspectiva de humanización en el enlazamiento de afectos, saberes y proyecciones donde la docencia despeja los senderos para iniciar las causas urgentes con una sociedad intencionada a sanar sus heridas.

Si la educación se soporta sobre estos pilares, es porque el maestro pone sobre ellos los desafíos estéticos y epistemológicos que hacen de la belleza y el conocimiento propósitos indelegables e impostergables de la cotidianidad y complejidad pedagógica. La ontología del maestro, expresada en su férrea convicción y vocación de propiciar diálogos y acciones para impactar socialmente la realidad que habitamos, es como el río heraclíteo expuesto al indetenible cambio en nuevos recorridos y aprendizajes. Por ellos hoy me sumo a ese incesante devenir de esfuerzos e ilusiones que cada uno de los actores educativos cultivamos en el deseo indeclinable de hacer de la educación la principal bandera de un pueblo.

He vivido y defendido la experiencia de rectores comprometidos con sus maestros para construir con los estudiantes las más memorables enseñanzas impulsoras de nuevas concepciones y colocaciones frente a la vida. Reconozco en estos rectores su fervor y lealtad con la ley y los currículos, pero, por encima de ello, su rigor y su aliento por el saber que depone el poder, que depura las tensiones y abona las alternativas donde el conocimiento dota críticamente la conciencia. Aplaudo en estas gestiones la defensa del maestro y de la educación, pues un rector que estimula es también un ser humano en ejemplo de exigencia y consecuencia.

Pero junto a él, están sus maestros y maestras; los que asumen el riesgo de ser diferentes, apasionados por lo que hacen, comprometidos con lo que deciden e incansables en sus pesquisas; los maestros que esta ciudad y la sociedad en pleno reclaman. A esos maestros que me recuerdan las travesías con mi ejercicio docente, los invito a que no abandonen sus sueños, a que no claudiquen en sus empeños, a que se mantengan en alto con la defensa de su oficio, el cual, más allá de estar en equivalencia con el tejedor o el artesano de utópicas causas, se reconoce como el caminante dispuesto a trascender los límites para cumplir sus hazañas; al caminante en metamorfosis: en la inocencia del asombro que interroga, en la pasión desbordante de quien supera obstáculos y en la serenidad reflexiva de quien hace memoria de sus pasos. A esos maestros, les entrego la esperanza de nuestros estudiantes; de esos espíritus inquietos, deseosos por encontrar en la escuela un escenario vital para compartir y

construir desde sus preguntas, para aprender a pensar en el merecido derecho de cuestionar y expresar sus inconformidades; para pensar sin la barrera de dogmas y prejuicios; para pensar en el movimiento de su potencia como creadores, como artistas que encuentran en la educación los tableros, los instrumentos, los materiales, los guiones y los telones corridos para la actuación incluyente y pluralista.

Nuevas escenas empiezan a posibilitarse, nuevos artistas despliegan sus cuerpos, la escuela y la ciudad para hacerse parte de un territorio educativo donde Medellín le cuenta al país y al mundo que nuestra educación es su obra maestra. Con todos ustedes asumimos estas metas y en las voces unidas contaremos lo aprendido.

En este precedente imprimo el convencimiento de que la vida es una oportunidad para construir las experiencias que nos alientan a nuevos aprendizajes, también declaro la gratitud y halago con este nuevo reto que me permite mantenerme en el camino del asombro y en sus múltiples rutas de encuentro y enunciación de preguntas. Interrogar las posibilidades educativas y transitar en estas búsquedas las experiencias temporales y espaciales que nos acercan a la gracia de la unidad y el compromiso, ha significado para mí tejer y tejerme en las sensibilidades humanas y en su siempre complejas y esperanzadoras posiciones frente a la vida, frente al mundo y la realidad; frente a las memorias de lejanas utopías donde se trazaron las ilusiones y decisiones que hoy nos exponen al diálogo con nuestra biografía y nuestra historia.

En este encuentro conmigo y con ustedes, evoco la imagen estética del aviador que construye la experiencia del desierto para dialogar con su infancia, con su pasado... con sus recuerdos en la fantasía del *Principito*. Así me encuentro yo en este presente de inmenso compromiso, en un diálogo con mis primeros maestros que fueron mis padres; recuerdo cómo con su ejemplo de entrega y abnegación a la familia, definieron en la educación el más importante patrimonio de entrega a los hijos; en mi presente esa herencia es un cultivo de maestros en mis hermanas y sobrinos, una ilusión que tiene el sentido de la semilla puesta en la tierra para multiplicarse en la generosidad del alimento que se comparte con los padres, los hermanos y los amigos, es decir, con la familia elegida y construida para conquistar sueños. También dialogo con ustedes en la certeza de que este encuentro es el aliento para avanzar unidos en un deber histórico que nos depone como individuos y nos resarce como colectivo, como familia que hace de la educación el hogar iluminado por las llamas del conocimiento y las emociones.

Con este legado y con la confianza que se me confiere en la oportunidad de acompañar estas nuevas campañas admirables por la educación, retornamos a la pregunta por el maestro, por los saberes, prácticas, motivaciones y expectativas que los hacen baluartes de una sociedad cimentada en la dignidad, la libertad y la justicia.

Me debo a la educación desde el criterio de encontrar y posibilitar en ella nuevas razones vitales para insistir en la construcción emancipatoria que supera la ignorancia, la indiferencia y el sentido común. Un pueblo educado jamás consentirá el crimen; se opondrá a la indecencia y a la ofensa a la vida. La educación nos libera de las cadenas y nos brinda los auténticos escenarios para la actuación ciudadana, pues solo desde este precedente es conquistable la libertad como posibilidad incluyente de las diferencias. Medellín ha hecho esfuerzos destacables por la educación; ha regresado la pregunta por la utopía, y desde allí se ha emprendido la tarea de construir un sueño. *Medellín construye un sueño maestro* para la vida: todos hacemos parte de este mantel onírico que

será tendido para que todos juntos despertemos en la apreciación y satisfacción del deber cumplido. Este es un compromiso frente al cual empeño mi voluntad y mi palabra. Desde mi palpitación de maestra y con la intuición de un ser humano defensor de la educación y sus causas, estoy segura que todos caminamos juntos en estos propósitos.

Con profunda admiración y compromiso,

Adriana Patricia Arcila Rojas.